

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

20



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1979

HISTORIOGRAFÍA MEXICANA EN EL SIGLO XX

EUGENIO DEL HOYO
Tecnológico de Monterrey

DECÍA DON MANUEL TOUSSAINT que la Historia no es un pastel que se pueda cortar en rebanadas, refiriéndose a la vieja y muy arraigada costumbre de dividirla por siglos. Don Manuel lo aplicaba a la Historia del Arte y decía: "Un estilo no termina al finalizar un siglo, para que, con el nuevo siglo surja un estilo nuevo". Esto es una gran verdad y no tan sólo en el campo del Arte: Los grandes cambios históricos no coinciden con el paso de un siglo al otro.

Es por eso que al hablar de la "Historiografía Mexicana en el siglo XX", nos vemos obligados a invadir las últimas décadas del siglo XIX, cuyas preocupaciones, actitud vital, concepción histórica, interpretaciones, problemática y metodología, se prolongan a través de las dos primeras décadas del siglo XX y, por inercia, en muchos casos, penetran más adelante.

No fue sino hasta 1910, al estallar violenta la Revolución, que se produjo un cambio de tal magnitud y trascendencia, que alcanzó a sacudir también la arraigada tradición historiográfica, de signo liberal, que venía imperando desde el tramontar del siglo XIX.

Después de la violenta, formidable y muy aparatosa agitación ideológica provocada por la Reforma, que logró dividir a los mexicanos en grupos antagónicos irreconciliables, no sólo en los campos de batalla o en la lucha política o en lo religioso, sino también en el campo de las ideas y en el quehacer intelectual, especialmente en el campo de la Historia, se entra en la época más fecunda y de más valiosas aportaciones para la historiografía mexicanas: Las tres últimas décadas del siglo XIX ven florecer una pléyade de grandes historiadores, los más grandes que hemos tenido: verdaderos portentos de erudición y de capacidad de trabajo; infatigables y acuciosos

investigadores, escritores elegantes, metódicos expositores de genial intuición, afortunados al trabajar en un campo hasta entonces virgen; descubridores de verdaderos tesoros documentales; hurgadores curiosos de ricos y viejos archivos y de las aun entonces ricas bibliotecas de los conventos novohispanos, nos dejaron magníficos acervos de documentación histórica, excelentes y bien construidas monografías y sabias interpretaciones; unos y otras, apoyos indispensables para cualquier trabajo histórico cuyo acontecer sea anterior a la Reforma.

Para no convertir esta conferencia en una interminable y tediosa nómina de historiadores, sólo mencionaremos estrellas de primerísima magnitud: don Manuel Orozco y Berra, don Joaquín García Icazbalceta, el más grande de todos, don José Fernando Ramírez y don Francisco del Paso y Troncoso: hombres admirablemente dotados y de sólida formación humanística, equilibrados y ecuánimes, cuya búsqueda iba dirigida a los más variados asuntos: bibliografía, lingüística, etnografía, biografía, evangelización, descubrimientos y conquistas, historia precortesiana e historia novohispana, etc.

El triunfo del liberalismo en los campos de batalla y en el campo político, se refleja en la historiografía como un intento de explicar y justificar las doctrinas y proceder del partido en el poder; en un gran afán de crear la Historia Oficial, dogmática e intolerante; de modelar héroes e inventar mitos; en la necesidad de "apoderarse de las conciencias de la niñez y la juventud", como proclamaría, ya muy entrado el siglo XX, Plutarco Elías Calles, Jefe Máximo de la Revolución, en su "grito" de Guadalajara, el año de 1933. A este afán pertenece el declarar, por decreto, la autenticidad de los inauténticos restos de Cuauhtémoc encontrados por Eulalia Guzmán en Ixcateopan, la más burda mistificación, el intento de fraude más torpe que se ha hecho en el campo de la historia. Intentos y constante preocupación que se plasman en una larga serie de libros de texto, tales los de García Cubas y Guillermo Prieto; de Pérez Verdía y Nicolás León; de Justo Sierra y Julio Zárate; y como vigoroso retoño tardío, el de Alfonso Toro, en el que yo estudié en la Preparatoria. Preocupación partidarista que culmina, en forma grandiosa, con *México a través de los siglos* (1884-1889), única historia general de México que se ha logrado hasta la fecha.

Los libros de texto de García Cubas y Guillermo Prieto son, a mi juicio, el punto de arranque de esta historia oficial que, desde entonces, hemos venido padeciendo en forma tan aguda; y *México a través de los siglos*, una especie de libro sagrado para el liberalismo mexicano; grandioso monumento a su triunfo aplastante. Sus cinco grandes tomos fueron escritos por cinco grandes historiadores, pontífices del liberalismo y de la historia oficial:

Alfredo Chavero, Vicente Rivapalacio, director general de la obra, Julio Zárate, Juan de Dios Arias y José María Vigil.

Cierra el siglo otra obra monumental, verdadero alarde tipográfico, en tres grandes tomos, mayores aún, en su formato, que los de *México a través de los siglos*, "espléndida edición profusamente ilustrada por artistas de gran renombre", como se dice, en tono muy comercial, en su portada: *México su evolución social* (1900-1902); obra de exacto agnosticismo, auspiciada, inspirada y dirigida por don Justo Sierra y escrita por un grupo numeroso de destacados "científicos", todos ellos ministros de estado o altos funcionarios del régimen porfirista en sus postrimerías, de los cuales sólo mencionaremos a Ezequiel A. Chávez, Agustín Aragón, Pablo y Miguel Macedo, Porfirio Parra, Genaro Raigoza, Bernardo Reyes, Eduardo y Julio Zárate, Emilio Pardo (hijo), Carlos Díaz Dufóo y Jorge Vera Estañol: flor y nata del "cientifismo" finisecular, que formaba la alta burocracia porfiriana. En nuestro pobre y asendereado país, los intelectuales, y entre ellos los historiadores, para poder vivir y dedicarse a su quehacer intelectual, se han visto constreñidos a servir al régimen, a formar entre la burocracia, a vivir del presupuesto, perdiendo, como es natural, mucha de su libertad de interpretación y de expresión. Las excepciones son muy contadas y loables. Esta situación ha marcado rumbos muy perceptibles en nuestra historiografía.

Pero, dejemos este vericuetto en el que nos hemos metido y volvamos al tema que traíamos: *México su evolución social* lleva en su título la clara indicación de la doctrina y la actitud vital que lo inspiraron: dicen los Autores al Lector: "...resulta una evolución, un paso de un estado inferior a otro superior; lo llamamos social porque abarca las principales manifestaciones de la actividad del grupo mexicano..."; en él se expresa su preocupación científica, de ese extremoso cientifismo comtiano en que, a través del positivismo, vino a desembocar la doctrina liberal en el fin de siglo. En *México su evolución social* se interpreta la Historia como una simple "evolución orgánica" de grupos, masas, capas sociales, razas, etc., todo bajo el lema de Augusto Comte: "Orden y Progreso", lema del Instituto de Ciencias de Zacatecas, en el que yo estudié; interpretación que intenta convertir la Historia en una Ciencia Natural, a través de la Sociología y la Estadística; y, por debajo de todo, como oscuro trasfondo, la inhumana, discriminatoria y peligrosa tesis positivista de la supervivencia del más apto, con su olímpico desprecio, de signo ario, a las grandes masas miserables analfabetas.

Nos hemos detenido un poco, o tal vez un mucho, en el análisis de *México a través de los siglos* y *México su evolución social*, porque consideramos que

estas obras monumentales representan la culminación de la historiografía liberal que, pese a la fuerte corriente socializante y a veces comunista, aún sigue dominando la tesitura histórica del régimen y, por ende, la fabricación en serie de los libros de texto gratuitos y únicos tolerados.

Los historiadores de fines del siglo XIX no murieron al terminar el siglo, su trabajo se prolongó a todo lo largo de las primeras décadas del siglo XX; y, en realidad, pertenecen a ambos. Además, la inercia liberal fue tan fuerte, que la corriente llega hasta nuestros días y pasará adelante.

Pero, a partir de 1910, paralela, y a veces en ella confundida a esa corriente decimonónica, remanente del pasado, inevitable fenómeno de inercia cuyo final no es posible señalar, empieza a correr otra, al principio escasa y tímida, y más adelante caudalosa y agresiva. Es el reflejo, en la literatura y en la historia, de la fuerte conmoción que ha sufrido el pueblo mexicano, de la participación de las grandes masas de población en la lucha armada y en el gran sufrimiento nacional. Al principio sólo son los balbuceos de Heriberto Frías en *Tomochic* o de Mariano Azuela en *Mala Yerba* y, más adelante, como torrente caudaloso, en plan de explicar, justificar y exaltar el movimiento revolucionario, los ensayos socio-económicos, políticos o históricos de Gilberto Magaña, Sotelo Inclán, Silva Herzog, Mancisidor, Ramos Pedrueza, Rosendo Salazar, Molina Enríquez, Litz Arzubide, Sánchez Lamego, Alfonso Taracena, González Ramírez, Romero Flores, etc., etc. A esta corriente, como afluente abundoso, vendrá a mezclarse el pensamiento anarquista primero y el socialista después, el materialismo histórico de Marx, interpretado muy a la mexicana, en muy diferentes grados y tonalidades. Lo preconizó, sin aplicarlo a su obra, Gregorio Torres Quintero; y ya, dentro de la corriente, mencionaremos a Litz Arzubide, Rosendo Salazar, Agustín Cué Cánovas, Luis Chávez Orozco, Miguel Othón de Mendizábal, Gonzalo Aguirre Beltrán y, el más congruente de todos, Alfonso Teja Zabre, con su *Historia de México. Una moderna interpretación*; y, como expresiones tardías, los últimos textos gratuitos de la Secretaría de Educación, incubados en el Colegio de México.

Debemos hablar aquí de otra corriente importantísima, formada por las obras de carácter histórico o polémico escritas por los mismos revolucionarios; la bibliografía es muy abundante y las obras de muy diversa calidad, desde las muy buenas, hasta las francamente detestables: Obregón, Vasconcelos, Luis Cabrera, Palavicini, Martín Luis Guzmán, Isidro Fabela, Pani, Puig Casauranc, Salvador Alvarado, Carrillo Puerto, Urquiza, los Alessio Robles (Miguel y Vito), Juan Manuel Torrea, Portes Gil, Ortiz Rubio, etc., etc., van a historiar la época revolucionaria en sus diversas, deshiladas y

contradictorias etapas, con toda la desbordada pasión de participantes y, muchas veces, con la frescura o vivencia en el relato, de aquello de lo que no sólo se ha sido testigo presencial, sino actor principalísimo. En esta corriente de testimonios directos de los revolucionarios, habría que hacer muchas e importantes divisiones y distingos, que se salen de los límites de una conferencia. En general domina una tendencia anticatólica, muchas veces rabiosamente anticlerical, atea y socializante.

Pero el clero y los católicos mexicanos, cosa natural e inevitable en un país en el que muy cerca del 100% pertenecemos a ese credo, han hecho siempre una valiosa aportación a la historiografía mexicana; para comprobarlo basta recorrer las páginas de los diferentes repertorios bibliográficos. Desde los primitivos cronistas, hasta nuestros días, esta corriente ha sido constante y abundosa. Ciñéndonos a nuestro tema, sólo diremos que a partir de la Reforma, como una natural reacción al anticlericalismo en uso, los historiadores católicos cierran sus filas y trabajan con pasión en los más diversos campos; ya son los seglares como García Icazbalceta, Francisco Sosa, Alberto María Carreño, Pablo Herrera Carrillo, Ignacio Dávila Garibi, Juan B. Iguíniz, Primo Feliciano Velázquez, Victoriano Salado Álvarez, Alfonso Junco, Alberto Escalona Ramos, Rafael Aguayo Spencer, Alfonso Trueba, Josefina Muriel, etc., etc., estudiando el proceso de la evangelización y la tarea civilizadora de la Iglesia, su historia interna, su bibliografía, etc., etc., o bien, los muy numerosos eclesiásticos de maciza formación humanística, como Fortino Hipólito Vera o José María Andrade, con su valiosa aportación bibliográfica y documental; o el nutrido grupo de obispos historiadores; Plancarte y Navarrete con su *Tamoanchán*; Orozco y Jiménez patrocinando los acervos documentales sobre los obispados de Chiapas y la Nueva Galicia; Crecencio Carrillo y Ancona con sus valiosos estudios sobre cultura maya; o el gran obispo leonés, Emeterio Valverde y Téllez, autor de la *Bibliografía Filosófica Mexicana*, obra maestra en su género y fruto de una maciza e increíble erudición; a ellos los seguirán, en apretadas filas, otros muchos, como los sacerdotes Eucario López, Luis Medina Ascensio, Rafael Montejano y Aguiñaga, Héctor Samperio, Esteban Palomera, Jesús García Gutiérrez, Aureliano Tapia Méndez, fray Luis del Palacio Basave, fray Rafael Cervantes, Guillermo Porras Muñoz, José Bravo Ugarte, Francisco Zambrano, Fidel de J. Chauvet, Leopoldo Campos; pero no debo alargar más la lista; bien sé que faltan en ella muchos muy importantes; ya sólo mencionaré a los notables humanistas Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte y Octaviano Valdés; y al monstruo de toda erudición, al fecundísimo y polígrafo Angel María Garibay, que lo mismo dominó el griego que la lengua mexicana; que lo mismo tradujo a Esquilo que a los poetas de habla náhuatl. Inten-

cionalmente he dejado de citar al jesuita Mariano Cuevas, quien desde el punto de vista de reacción frente al anticlericalismo liberal, es el más representativo, con su *Historia de la Iglesia en México*, ambicioso y bien logrado intento de presentar la acción de la Iglesia Católica a todo lo largo de nuestro devenir nacional; y su *Historia de la Nación Mexicana*, apasionada, encendida, violenta, vigorosa y airada respuesta a *México a través de los siglos* y aún más, a *México su evolución social*.

Otra de las corrientes que fluyen a todo lo largo de lo que llevamos vivido del siglo XX y que nos parece muy importante y característica, es la del indigenismo. Conocemos un magnífico libro: *Los grandes momentos del indigenismo en México*, de Luis Villoro; y, parodiándolo, diremos que el último gran momento del indigenismo mexicano ocurrió al mediar el siglo XX, en las décadas de los cuarentas y los cincuentas; en que el movimiento indigenista no fue tan sólo una corriente intelectual, sino principalmente social; no sólo problema arqueológico, lingüístico, antropológico, etnográfico, folklórico, sino problema humano, problema de caridad; no sólo indagación histórica, sino ansia de acabar con esa tristísima, desesperada, palpitante realidad. Desgraciadamente tan altos ideales se vieron frustrados por la burocracia corrompida. Los más altos exponentes de este movimiento son: como precursores, Manuel Gamio y sus compañeros en la elaboración de *La Población del Valle de Teotihuacán* (1922), entre ellos el gran pintor zacatecano Francisco Goitia, quien vivió y murió en Xochimilco, en gran pobreza, ayudando a los indígenas; Miguel Othón de Mendizábal, de clara filiación izquierdista, talentoso y erudito, Gonzalo Aguirre Beltrán, el primero en estudiar a fondo la población negra en México; el fin o espíritu de Salvador Toscano y la pasión desbordada de Angel María Garibay o la sabiduría aristocrática de Pablo Martínez del Río; y, genial y señero, Alfonso Caso, el más grande de nuestros arqueólogos y alma de este movimiento, fundador del Instituto de Antropología y director, por muchos años, del Instituto Nacional Indigenista. Debemos citar aquí, en lugar destacado, al valiente y ágil periodista, Fernando Benítez, con su obra *Indios de México*. Mencionaremos también a unos pocos de los muchos especialistas en los diversos campos: Eduardo Noguera, Ignacio Marquina, Eusebio Dávalos Hurtado, García Payón, Maldonado Koerdel, Enrique Juan Palacios, de saber enciclopédico, Ignacio Bernal, discípulo predilecto de Alfonso Caso y su más cercano colaborador, Miguel León Portilla, Luis Aveyra, Román Piña Chán, Medellín Zemil, Corona Núñez, etc., etc. Hay que anotar aquí a Eulalia Guzmán, mujer de gran erudición y talento, pero de pasión doctrinaria tan desbordada, que la pierde. Nuestra Escuela Nacional de Antropología goza de merecido prestigio internacional.

Este movimiento indigenista ha sido reforzado, auspiciado, aplaudido y enriquecido por universidades e instituciones de cultura de los Estados Unidos; y numerosos arqueólogos, lingüistas, antropólogos, folkloristas, etnógrafos, etc., etc., del vecino país, han trabajado en México con gran pasión, usando nuestro indigenismo postrevolucionario y nacionalista como una arma formidable de la Leyenda Negra contra España y el catolicismo, ya que, en la mayoría de los casos, más que indigenismo es antihispanismo.

Paralela a esta corriente indigenista que es, como ya decíamos, expresión de un exaltado nacionalismo antihispánico e importante fuente de la historia oficial, corre otra, no menos impetuosa, apasionada y renovada: la corriente hispanista de signo reaccionario, reaccionario en cuanto pretende moderar o contrapesar el indigenismo exaltado, y que, para conseguirlo, señala y exalta las aportaciones hispánicas a nuestra cultura y a nuestro ser; aunque esta corriente es en general de signo católico y reaccionario, hay en ella muchísimos matices y posturas, que aquí no sería posible analizar. Un numeroso grupo de magníficos historiadores se mueve dentro de ella; los cuales, a base de seria y profunda investigación, hábil manejo de las fuentes primarias y genial intuición, van poniendo al descubierto todo lo que de positivo y dinámico tuvieron los tres siglos novohispánicos. Espiguemos algunos nombres, procurando escogerlos en diferentes áreas de la historia de nuestra cultura y de las diferentes posturas ideológicas: Alberto María Carreño, Manuel Romero de Terreros, Carlos Pareyra, Pablo Herrera Carrillo, Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco, Toribio Esquivel Obregón, Julio Jiménez Rueda, Alberto Escalona Ramos, José Rojas Carcidueñas, Rafael Aguayo Spencer, Francisco de la Maza, Eduardo Enrique Ríos, Josefina Muriel, Manuel Carrera Stampa, Ignacio Rubio Mañé, Salvador Chávez Hayhoe, etc., etc. Lugar separado, no sólo por su posición ideológica, sino por ser uno de los historiadores mexicanos de más sólida formación académica, merece Silvio Zavala, cuya aportación al estudio de las instituciones indianas, es valiosísima. Dentro de esta corriente, o más bien, contra la corriente, los hay furibundamente antihispanistas, dignos sucesores del padre Agustín de Rivera, tales Genaro García, Alfonso Toro y Eulalia Guzmán, los tres zacatecanos, como el que habla. ¡Con cuánta razón decía López Velarde hablando de las gentes de Zacatecas: "Católicos de Pedro el Hermitaño y Jacobinos de época terciaria, y se odian los unos a los otros de buena fe"!

Como se puede ver por todo lo anterior, el campo de la Historiografía mexicana es un verdadero campo de batalla en el que pelean bandos irreconciliables, poniendo en la pelea toda su desbordada pasión: hispanistas

contra indigenistas, liberales contra conservadores, derechistas contra izquierdistas, católicos contra masones o protestantes, juaristas y antijuaristas, iturbidistas contra antiiturbidistas, admiradores de Cortés contra deturpadores.

En 1933, en la ciudad de Oaxaca, se celebró el primer Congreso Mexicano de Historia; y en 1946, en la ciudad de Zacatecas, en su VIII reunión, se constituyó en Asociación Civil.

El congreso ha tenido como sede muchas de las ciudades de la República: Mérida, Guadalajara, Jalapa, Guanajuato, Chilpancingo, Durango, Hermosillo, etc. y ha logrado reunir en sus sesiones a historiadores de los más opuestos bandos y de las más contrarias tendencias; grandes batallas se han librado en sus mesas redondas. El Congreso Mexicano de Historia ha sido de gran significación en la historiografía mexicana. Entre sus promotores y más asiduos participantes, mencionaremos al ingeniero Vito Alessio Robles, al doctor Miguel Domínguez, al ingeniero López Portillo y Weber, a Antonio Pompa y Pompa, habilísimo organizador de reuniones, mesas redondas y congresos, al doctor Jesús C. Romero, al general Manuel Torrea, a Ignacio Rubio Mañé, a Jesús Romero Flores, a Luis Chávez Orozco, a Roberto Ramos, a Wigberto Jiménez Moreno, a Manuel B. Trens, a Pablo Herrera Carrillo, a Eulalia Guzmán, a Arturo Arnaiz y Freg, a Agustín Cué Cánovas, etc., etc. El mayor mérito del Congreso, a mi ver, es el de haber fomentado y orientado los estudios de historia regional, que no de microhistoria como quieren los snobs.

México, a todo lo largo de su historia, se nos ofrece fragmentado y complejo: el México precortesiano sólo fue un polícromo mosaico de pueblos, lenguas, y culturas. El virreinato de la Nueva España, en su división antigua, resultado de las diferentes empresas de conquista y colonización, estuvo formado por cinco reinos y varias provincias o reinos fallidos, cada uno de ellos con marcadas diferencias, características y singularidades; y en su división moderna, en las doce intendencias y las Provincias Internas de tan complicada historia. Después de la Independencia, a la caída del Imperio de Iturbide, cometimos la barbaridad de adoptar como forma de gobierno la república federal representativa, con división de poderes y formada de estados libres y soberanos, y todo esto sin tener ni barruntos o asomos de ciudadanía. La desafortunada elección de esta forma de gobierno en aquel momento histórico, llevó a una mayor fragmentación del país y a la manifestación de claras tendencias separatistas. Razones geográficas, etnográficas, lingüísticas y principalmente históricas, nos han llevado a la creación de un sentido regionalista cada vez más acentuado —no faltará quién lo llame micronacionalismo o mininacionalismo—. El fenómeno se refleja muy claro en la

supervivencia de las lenguas indígenas: Maya en Yucatán, Yaqui en Sonora, Tarasco en Michoacán, Mizteco y Zapoteco en Oaxaca, Huasteco en Tamaulipas y San Luis Potosí, Tarahumara en Chihuahua, Otomí en Querétaro, Tepehuán en Durango, etc. Junto con las diferencias en el lenguaje se advierten diferencias en trajes, tipos de habitación, comidas, costumbres, tradiciones, supersticiones, artesanías, música, danzas, en general en todo el folklore. Cada región del país tiene sus santuarios e imágenes predilectos y sus propios héroes y glorias, sus orgullos y vergüenzas; y hay celos y malquerencias entre pueblos y ciudades vecinas: México y Puebla, Aguascalientes y Zacatecas, Monterrey y Saltillo, Linares y Gualagüises. Cada entidad federativa tiene su propio y singular pasado indígena, su conquista, colonización y evangelización, su historia novohispana y su historia moderna y su historia contemporánea; los grandes traumas que dividen nuestra historia: Conquista, Independencia, Reforma y Revolución, han operado en cada una de ellas en grados y formas muy diferentes. Es por todo esto y mucho más que me callo, que en México la historia regional ha tenido una especial importancia y un gran desarrollo; la bibliografía es amplísima y la nómina de historiadores sería interminable, ya que cada uno de los estados de la federación o de las regiones naturales ha tenido y tiene sus historiadores particulares; y algunos, como Yucatán, Jalisco, Veracruz o Michoacán, en número realmente aplastante. Sólo vamos a mencionar a unos pocos de estos historiadores, y lo haremos un tanto al azar, sabiendo de antemano que estamos cometiendo omisiones imperdonables que nosotros somos los primeros en lamentar: Francisco Almada para el Noroeste, Vito Alessio Robles para Coahuila, Israel Cavazos Garza para Nuevo León, Joaquín Meade para la Huasteca, Primo Feliciano Velázquez para San Luis Potosí, Anastacio G. Saravia para Durango y la región Lagunera; Francisco Pérez Salazar para Puebla; Eligio Ancona y Rubio Mañé para Yucatán; Cornejo Franco, Luis Paez Brotchie, José López Portillo y Weber y José Ramírez Flores para Jalisco, etc., etc.

A pesar que he venido condensando en lo posible y evitando disquisiciones, me doy cuenta que el tema es de tal magnitud y complejidad, que no es posible encerrarlo en una conferencia; por eso, para terminar, ya sólo haré una especie de inventario dentro de los diferentes géneros o especialidades, anotando algunos nombres que, tal vez, no sean los más importantes o significativos.

En el estudio histórico de las instituciones, además de Silvio Zavala, mencionaremos a los notables juristas Toribio Esquivel Obregón, Lucio Mendieta y Núñez, Felipe Tena Ramírez y Raúl Carrancá y Trujillo.

En la historia diplomática a Isidro Fabela, Luis Medina Ascencio, Francisco Cuevas Cancino y al gran internacionalista Antonio Gómez Robledo.

En el campo de la interpretación histórica destacan Emilio Rabasa, el talentoso y apasionado Francisco Bulnes, Andrés Molina Enríquez, Luis Cabrera, Daniel Cossío Villegas, quien con sus estudios sobre la República Restaurada y el Porfiriato, al que él llama Porfiriato, marca un nuevo rumbo a los estudios históricos en nuestro país y forma escuela, aunque muy dentro de la Historia Oficial.

En la historiografía figura en primerísima línea Ernesto de la Torre Villar, director de la Biblioteca Nacional, hombre erudito de cultura enciclopédica, escritor ágil y ameno; de la Torre Villar es uno de nuestros historiadores que con mayor y más selecto fundamento documental, talento y ecuanimidad, han estudiado la historia moderna de nuestra patria.

En la historia de las ideas tenemos, como precursores, a José Vasconcelos y a Antonio Caso; de gran significación en este campo es Samuel Ramos, quien con su libro *El perfil del hombre y la cultura en México*, inicia un curioso movimiento de interpretación de "lo mexicano". Lugar especial merece Leopoldo Zea con sus estudios sobre la filosofía en México, como *El positivismo en México* o *La filosofía del mexicano*. Añadiremos los nombres de Luis Villoro, Bernabé Navarro, Rafael Moreno, Edmundo O'Gorman, Antonio Gómez Robledo, Francisco Larroyo.

Uno de los géneros que siempre ha atraído, con especial atracción, a nuestros historiadores, desde los primitivos cronistas, hasta los escritores contemporáneos, es la biografía. Aquí la lista de autores sería interminable: Barajemos, al capricho, algunos nombres: Justo Sierra, Carlos Pereyra, Ezequiel A. Chávez, Mateo Solana, Villaseñor y Villaseñor, Ribera Cambas, Francisco Sosa, Eduardo Enrique Ríos, Francisco Bulnes, Luis Castillo Ledón, José C. Valadés, José Fuentes Mares, Alfonso Trueba.

Siguiendo las huellas de los novelistas románticos, Manuel Payno en el *Fistol del Diablo* y Vicente Riva Palacio en su *Libro Rojo* y sus novelas de ambiente novohispano, don Luis González Obregón y don Artemio del Valle Arizpe, nos deleitan con sus "Leyendas" a la manera de Ricardo Palma, mezcla abigarrada de recreación histórica y fantasía: más historiador don Luis, don Artemio más literato; pero ambos partiendo de valiosas fuentes documentales, logran transportarnos al pasado, logrando así una amplia y eficaz divulgación histórica. Añadiremos los nombres de Torres Quintero, Núñez y Domínguez y Genaro Estrada.

Cierro esta conferencia curándome en salud: el tema se sale de mi campo

de trabajo que es el Noreste de México en los siglos XVI y XVII; por ende, mis constantes lecturas son paleografiar viejos manuscritos o buscar referencias en los libros clásicos, ya sea de los antiguos cronistas o de los modernos historiadores; en otras palabras: confieso que no estoy al día en el tema y que mis lecturas de libros contemporáneos son accidentales y muy escasas. Ojalá y alguien con más autoridad y conocimientos, redondease este importante tema. Muchas gracias.